

ANÁLISIS EN TORNO A LA INMEDIATEZ Y A LA REFLEXIÓN INFINITA EN
LA CONFIRMACIÓN EN EL HOMBRE INTERIOR
<http://doi.org/10.54354/LYPB9601>

Eduardo Javier Obregón Esparza
Facultad de Filosofía y Letras. UNAM

Resumen

El presente trabajo analiza las categorías de inmediatez y reflexión infinita en el discurso edificante titulado *La confirmación en el hombre interior*, publicado en el año de 1843. En la estética kierkegaardiana (que como señala Uranga tiene una gran influencia del primer romanticismo alemán) se presenta la categoría de inmediatez en la cual, los individuos se arrojan a la exterioridad y se instauran en la sensualidad. El hombre estético se preocupa por gobernar en el mundo y satisfacer sus deseos más inmediatos, no obstante, también encontramos una discontinuidad existencial en su propio devenir. Su vida se disuelve en diversas posibilidades que no cobran realidad alguna. Por otro lado, se estudia la reflexión infinita en la figura de Abraham. Con esta categoría, el individuo toma conciencia de su valor eterno y es a través de un ejercicio existencial que implica sacrificio, renuncia y amor que podría colocarse en una relación absoluta con lo Absoluto.

Palabras clave: Reflexión, inmediatez, amor, deber, infinita, Dios.

Abstract

This paper analyzes the categories of immediacy and infinite reflection in the edifying discourse entitled, "The Confirmation in the Inner Man" published in 1843. In the Kierkegaardian aesthetics (which, as Uranga points out, has a great influence from early German Romanticism) the category of immediacy is presented, in which individuals throw themselves into exteriority and establish themselves in sensuality. The aesthetic man is concerned about ruling the world and satisfying his most immediate desires; however, we also find an existential discontinuity in his own becoming. His life dissolves into various possibilities that do not acquire any reality. On the other hand, infinite reflection is studied in the figure of Abraham. With this category, the individual becomes aware of his eternal value, and it is through an existential exercise that implies sacrifice, renunciation, and love that he could be placed in an absolute relationship with the Absolute.

Keywords: Reflection, immediacy, love, duty, infinite, God.

Introducción

“La confirmación en el hombre interior” junto con los discursos edificantes titulados “El amor ha de cubrir la multitud de pecados” forman parte de *Tres discursos edificantes* publicados en el año de 1843. En el mismo, el filósofo danés colocará el acento en la importancia de Dios dentro de la existencia singular: toda bondad y toda misericordia, toda dicha y todo don provienen al mismo tiempo de Él, quién también se encarga de dar a cada hombre con absoluta justicia lo que merece, no obstante, este conocimiento no es inmediato y tampoco se puede obtener directamente del mundo. Tener conciencia de lo Absoluto requiere de la reflexión infinita, una categoría fundamental en el pensamiento kierkegaardiano que se abordará en este trabajo.

El discurso del cual hablamos retoma la vida de Pablo: hombre sencillo que venía de un pueblo despreciado y, por lo tanto, no tenía un hogar: un judío convertido al cristianismo que se encontraba solo y abandonado por el mundo. Su viaje a Roma no simbolizaba ningún peligro para el orden establecido; no era un agitador, tampoco incitó a una rebelión política, era un individuo inofensivo que se situó en una ciudad que cautivaba al hombre sensual pues se encontraba plagada de riquezas y placeres. Si bien Pablo fue encarcelado en la gran Roma y era ignorado por la inmensa mayoría, confiaba en que la verdad revelada por Dios¹ llegaría a ser escuchada.

Como cautivo fue llevado ahí, desconocido por todos, pero traía consigo una doctrina y daba testimonio de que ésta era una verdad divina que le había sido comunicada en una revelación especial, y la inquebrantable certeza de que esa doctrina había de triunfar sobre el mundo entero².

¹ La verdad que poseía Pablo y que buscaba compartir con el mundo no se comprende de forma directa a través de deducciones racionales o argumentaciones precisas, requiere como más adelante veremos de un ejercicio existencial completamente personal. En obras como *Ejercitación del cristianismo* o *Postscriptum*, Kierkegaard profundiza sobre estas cuestiones y señala que las verdades del cristianismo reveladas en el Nuevo Testamento a través de la figura de Cristo requieren de una interiorización individual y de la reduplicación, así como de la acción y el testimonio dado por Dios mismo. “Incluso a pesar de que el cristianismo asume que la subjetividad en cuanto posibilidad de apropiación, es la posibilidad de recibir este don, con todo, éste no acepta que de hecho la subjetividad está ya establecida, ni tampoco tiene una idea real de lo que significa este bien”. Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo a migajas filosóficas*, trad. de Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2009, p. 130

² Søren Kierkegaard, *Tres discursos edificantes*, “La confirmación en el hombre interior”, trad. de Darío González, Madrid: Trotta, 2010, p. 99.

Un rasgo distintivo de la personalidad de Pablo según la descripción que se realiza en este discurso edificante es la paciencia y el amor que poseía para sortear todas las dificultades que se le ponían delante de sí. Más allá de los cambios temporales acontecidos o de la calumnia que podría sufrir siempre dispuso su alma con humildad confiando en Dios que lo había llevado hasta ahí. Así, se resalta una y otra vez que se encuentra en un buen entendimiento con Dios, que a cada momento permanece y nutre el lazo eterno con lo Absoluto, e intenta ganar a los hombres no para sí, sino para la doctrina revelada. Aquello que compartía no poseía un valor determinado, en sí mismo era una ganancia infinita para aquel que lograba apropiarla, tampoco era de fácil adquisición sino todo lo contrario, requería como se ha señalado con anterioridad de renunciar a todo, y en la renuncia recuperar al mundo transfigurado. La doctrina de Pablo es una tarea que se realiza a cada momento de la vida de un hombre y, por lo tanto, precisa de un compromiso existencial pleno.

¿Lograba su doctrina poner rápidamente al individuo en posesión de un poder sobrenatural? ¿Se ofrecía ésta a los hombres valiéndose de artificios?, ¿no, uno tenía que adquirirla lentamente, apropiársela en una prueba que comenzaba con la renuncia a todo! ¿Contaba Pablo con algún testimonio? ¡Sí! Tenía en su contra todos los testimonios humanos, y además de eso tenía también las preocupaciones de que la congregación podría desistir o, lo que sería peor, desistir a causa de él [...] Transformar la tribulación en un testimonio de la verdad de la doctrina, transformar el oprobio en gloria para sí mismo y para la congregación de creyentes, transformar la causa perdida en una causa de honor que cuenta con todo el poder de exaltación del testimonio ¿no es como hacer que el cojo se ponga a andar y el mudo a hablar?³.

I. *El esbozo del hombre irreflexivo en la estética kierkegaardiana. Análisis de la categoría de inmediatez*

Las características del hombre estético⁴ aparecen desarrolladas con mayor detenimiento en la obra *O lo uno o lo otro, un fragmento de vida*.

³ Ibíd., p. 101.

⁴ Si bien, las características del hombre estético que abordaremos en este apartado se encuentran en *O lo uno o lo otro, un fragmento de vida*, es importante resaltar que para el filósofo mexicano Emilio Uranga, hay una herencia directa de las mismas desde el romanticismo alemán. Kierkegaard recibió una profunda influencia romántica en su juventud, no obstante, no se limitó a la forma de comprender la realidad y la existencia de la misma manera y condujo su pensamiento hacia otras esferas donde el *pathos*, va

Este existir se caracteriza por estar volcado a la sensualidad y al goce de la realidad externa; en otras palabras, se puede afirmar que el *pathos estético* intenta de forma desesperada satisfacer los deseos más inmediatos que se presentan, conduciendo inevitablemente al tedio, y a la discontinuidad existencial ya que, en el devenir, este sujeto se pierde en meras posibilidades y anhelos que no logra concretar. Su vida, ha estado fincada en la obtención de recompensas, riquezas y placer que se pierden con el paso del tiempo; el esteta desearía conservar por un instante más aquello que tanta dicha le trae, no obstante, por la fragilidad de la naturaleza de aquello que tanto desea, está condenado a perderlo en el momento siguiente. Por ello, se afirma que vive en virtud de lo exterior, en la idea de encontrar una continuidad en su vida y darle forma a la misma a través de lo fugaz e inmanente. En algunos de los aforismos de *Diapsálmata* se distingue tan particular experiencia.

De tener que pedir algo para mí, no pediría ni riquezas ni poder, sino la pasión de la posibilidad, el ojo que aquí y allá, eternamente joven, eternamente ardiente, ve la posibilidad. El goce decepciona, la posibilidad no. ¡Y qué otro vino es tan espumoso, tan oloroso, tan embriagador⁵.

El movimiento del *pathos estético* que encontramos es por sí mismo peculiar, pues se está en una búsqueda constante (aunque siempre insatisfecha) de placer, que de hecho jamás puede darse a plenitud. Su existencia no tiene otro objetivo que el de conseguir a cualquier precio, la vivencia y el goce absoluto en un momento determinado, para luego, sumergirse en la melancolía, el recuerdo de lo sucedido y el dolor de la caída por no conseguir que ese momento durara más. “Como es sabido, hay insectos que mueren en el instante de la fecundación; eso vale para todas las alegrías: al momento de goce supremo y más suntuoso de la vida le sigue siempre la muerte”⁶.

El sujeto que vive estéticamente supone que triunfa sobre el mundo, que domina todo lo que se encuentra delante de él en un momento específico,

más allá del goce de lo inmediato, aspirando a una relación ético-religiosa. “Como buen romántico, nunca dejó de sentirse tentado por lo demoniaco, pero a diferencia de muchas producciones representativas del género romántico, en éste, semejante experiencia se tradujo como una tentación [Afaegtelse] comprensiva, que no se agota en sí misma, sino que genera el impulso de trascendencia hacia otro nivel o estadio”. Emilio Uranga, “Invitación al romanticismo alemán” en *Fragmentos*, trad. de Emilio Uranga, México: Facultad de Filosofía y Letras, 2010, p. 13.

⁵ Søren Kierkegaard, *O lo uno o lo otro, un fragmento de vida I*, “Diapsálmata”, trad. de Darío González y Begonya Sáez, Escritos de Søren Kierkegaard, volumen 2/1, Madrid: Trotta, 2006, p. 64.

⁶ *Ibíd.*, p. 46.

sin embargo, lo ha de perder todo en el instante siguiente pues no hay continuidad alguna en la realidad externa que tanto amó; esto lo colma de dolor. Así, no puede emprender con seriedad ninguna tarea porque constantemente es afectado por sentimientos y deseos que configuran su existir de manera diversa y lo obligan a asumir diversos roles o papeles para encarar la existencia. Perdido en posibilidades y en anhelos, concretar su salvación en esta esfera para el filósofo danés es imposible. El esteta carece de fundamento alguno para dirigirse plenariamente en la vida: busca perpetuamente el placer, aunque el mismo se escapará posteriormente. Sus intentos por conservar aquello que tanto valor tiene, aquello que significa su vida son en vano. Descrito como un muerto en vida, la existencia se transforma en pesadumbre para él mismo; una continua suma de instantes yuxtapuestos que no guardan relación entre sí y no le dan cohesión a su devenir.

Mi pena es, sí, mi castillo que cual nido de águilas tiene su sede allí en lo alto, en la cima de las montañas, entre las nubes; nadie puede expugnarlo. Desde él desciendo volando a la realidad y capturo mi presa, más no permanezco allí, sino que traigo a mi presa a casa y esta presa es una imagen que entretejo en los tapices de mi castillo. Ahí vivo como un difunto. Todo aquello que ha sido experimentado lo sumerjo en el bautismo del olvido para la eternidad del recuerdo. Todo lo finito y casual es olvidado y exterminado. Ahí estoy como un viejo canoso, pensativo, y voy comentando las imágenes a media voz, casi susurrando, y a mi lado hay un niño que escucha con atención, aun cuando lo recuerda todo, incluso antes de que yo lo cuente⁷.

Como se ha desarrollado hasta el momento, la problemática presente de la existencia estética es que, en la búsqueda implacable de los sujetos por alcanzar el placer, una vez conseguido queda un vacío; en este sentido, la melancolía es un reflejo de la vivencia estéril que conduce a buscar la satisfacción plena de un deseo preciso, para que en el momento siguiente acontezca su pérdida y, en consecuencia, el dolor. En el estadio estético, vemos una preocupación constante por satisfacer los deseos más inmediatos, pero que, por la misma naturaleza fugaz que poseen intrínsecamente, se vuelve imposible su realización absoluta pues la pérdida no se puede evitar. Frente a ello, la única salida posible es la repetición del placer.

La vida estética⁸ está atrapada en la inmediatez del goce y el momento; el deseo necesariamente busca una actualización constante que permita

⁷ *Ibid.*, p. 65.

⁸ La inmediatez [*Ummiddelbarhed*] como categoría filosófica dentro del

mantener por momentos la dicha en el sujeto. La existencia determinada de este modo vive atrapada en una mera ilusión; el esteta se escapa continuamente de la realidad y, por otro lado, cree poseer la libertad absoluta y la eternidad cuando de hecho sólo es capaz de conservar un instante fugaz. Un momento de goce ha de significarlo todo.

El rechazo de la reflexión filosófica supone en el esteta el pretexto para realizar gozosamente una huida hacia adelante; una fuga en la pseudo-eternidad del instante para la realización de lo irrealizable, frustrante y definitivamente frustrada cuando el final se da completándose la propia finitud⁹.

El hombre estético lleva una existencia basada en lo instintivo y en el placer sensual, entendiendo y viviendo erróneamente en categorías que pertenecen cabalmente a estadios superiores de la existencia como la libertad: quien considera que el poder o las riquezas le permiten el gobierno sobre los otros no ha descubierto que se ha vuelto un esclavo que en su fiel servidumbre utiliza todos los medios para hacerse de las mismas. Si bien, conquistará el mundo, está condenado a perder lo más valioso del hombre interior: su alma.

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?¹⁰.

Así, en la estética kierkegaardiana se presenta la categoría de inmediatez en la cual, los individuos se arrojan hacia la exterioridad y se instauran en la sensualidad. Se vive sin compromisos y se busca el placer inmediato: la ocasión del goce tiene un significado absoluto. Las consecuencias de la vida estética no se hacen esperar y como señala José Luis Cañas en su obra *Søren Kierkegaard: entre la inmediatez y la relación*, el vértigo existencial es ineludible pues se observa el abismo¹¹, y las diversas posibilidades para

pensamiento kierkegaardiano se puede identificar en las figuras del seductor musical y el seductor reflexivo. Hombres volcados hacia los placeres de la exterioridad, hacia el mundo y que se separan cualitativamente del hombre interior que se presenta tanto en el discurso edificante que hemos señalado y en *Temor y temblor, lírica dialéctica* a través de la figura de Abraham. El estadio estético es un modo de ser dentro de la existencia que tiene intrínsecamente características particulares entre las que destacan; la comprensión finita del mundo [*Endelig Forstandighed*] y la búsqueda del placer sensual e instintivo.

⁹ Jacobo Zabalo, “El espejismo de la inmediatez: lo estético en Søren Kierkegaard” en *Ironía y destino: la filosofía secreta de Søren Kierkegaard*, Barcelona: Herder, 2013, p.114.

¹⁰ Mt, 16, 24-26.

¹¹ El filósofo español coloca el acento en la cuestión que se ha desarrollado en

concretar la existencia, sin embargo, el espíritu se paraliza en la orilla y no puede avanzar más, impidiendo todo tipo de salto o elección. Ese mareo que el esteta padece y del cual se aleja presuroso, está muy distante del salto cualitativo que realiza un individuo relacional. Quien se encuentra preso en la inmediatez sólo mira los derroteros de sus posibilidades, la melancolía lo gobierna y se consume en su propia desesperación, enfermedad que como podemos revisar en el *Tratado de la desesperación*, particularmente en la figura de Lázaro al inicio de ésta; no mata, pero si prolonga la asfixia y la existencia esclavizada de sí mismo.

La angustia puede compararse muy bien con el vértigo. A quien se pone a mirar con los ojos fijos en una profundidad abismal le entran vértigos. Pero ¿dónde está la causa de tales vértigos? La causa está tanto en sus ojos como en el abismo. ¡Si él no hubiera mirado hacia abajo! Así es la angustia, el vértigo de la libertad; un vértigo que surge cuando al querer el espíritu poner la síntesis, la libertad echa la vista hacia abajo por los derroteros de su propia posibilidad, agarrándose entonces a la finitud para sostenerse. En este vértigo la libertad cae desmayada¹².

Aquello que encontramos en la estética kierkegaardiana es una reflexión que ronda en torno a lo cuantitativo y exterior, en la cual el sujeto sufre y desespera porque es inconsciente del elemento infinito que conforma a su propio yo. Para enfrentarse a tales derroteros, el esteta asume una postura existencial particular: hace del momento del goce algo absoluto y con ello pretende vencer la fugacidad de dicha experiencia. La debilidad o el desfallecimiento acontecen en el momento que es incapaz de prolongar en el tiempo aquello que por su misma naturaleza es fugaz; es decir, en tanto que no es capaz de darle una continuidad a aquello que tanto valor tuvo para él y ahora ha quedado en el pasado no tiene otra opción más que aventurarse en la búsqueda de nuevos goces o destellos de dicha que lo satisfagan de nuevo. Lo único constante e incansable en la personalidad estética es el deseo.

este párrafo. El rasgo distintivo de la vida estética es el disfrute del goce inmediato a cualquier costo: la vida está marcada por la irreflexión y guiada por los instintos y deseos más inmediatos. “La final del goce inmediato, del instante fugaz, de lo indiferente o lo interesante, son formas o variantes de la misma existencia inauténtica que Kierkegaard agrupa bajo el género o nombre de lo estético (*Æstetik*) como actitud global del hombre estético ante la vida”. José Luis Cañas, *Søren Kierkegaard: entre la inmediatez y la relación*, Madrid: Trotta, 2006, p. 46.

¹² Søren Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, trad. de Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid: Alianza, 2010, p.118.

Pero inútilmente puede debatirse; la dificultad hallada exige una ruptura con todo lo inmediato y para ello no posee bastante reflexión ética, no tiene conciencia de un yo a adquirir por una abstracción infinita que lo saque de toda exterioridad, de un yo abstracto y desnudo, contrario del yo vestido de lo inmediato, primera forma del yo infinito y motor de ese proceso sin fin, en el cual el yo asume infinitamente su yo real con sus cargos y beneficios¹³.

Si bien, Kierkegaard estudió profundamente el romanticismo alemán y valoraba el énfasis que éstos le daban a la existencia, también se percató de que la reflexión puede dirigirse a otras altitudes. Vivir en el juego y la dulzura de la inmediatez implica que un individuo se lance hacia la búsqueda de nuevos placeres y dicha en el mundo que se le presenta, no obstante, culmina por ser esclavo de aquello que tanto se anhela y, en consecuencia, desconoce la vida del espíritu que le exige trabajo interior y maduración. La inmediatez kierkegaardiana tiene sus propias regulaciones, sin embargo, no tiene un fin intrínseco al cual llegar.

Sólo un alma irreflexiva puede dejar que todo cambie a su alrededor, darse ella misma como ofrenda a las inconstantes y caprichosas transformaciones de la vida, sin angustiarse por ese mundo, sin preocuparse por ella misma. ¡Cuán indigna y repugnante es una vida como esa, y cuán lejos está de atestiguar el elevado destino del hombre, el de llegar a ser el amo de la creación [...] y si ha de gobernar debe haber entonces una ley en él mismo¹⁴.

La inmediatez nos revela una existencia que no ha tomado con absoluta seriedad su valor eterno y en consecuencia el fundamento que la sostiene. El alma irreflexiva cree ingenuamente que gobierna sobre el mundo; gracias a su voluntad consigue todo lo que quiere y desea, se entrega sin preocupación alguna a los placeres que la seducen y si pierde el fruto de su dicha, se lanzará con nuevos bríos a la búsqueda de otros más que renueven sus ánimos. “¡Cuán lamentable es ese extravío, el de aquel que no cree vivir de manera irreflexiva, sino cree más bien comprenderlo todo, y que, en la confusión de su corazón, cree sacar provecho de todo!”¹⁵

La vida deviene risueña y alegre, posteriormente, arriba la melancolía al perder aquellos momentos y ocasiones que tanta dulzura trajeron consigo. Dentro del pensamiento kierkegaardiano es fundamental reconocer la valía de la estética y la inmediatez: sus características tan propias y el análisis de las

¹³ Søren Kierkegaard, *Tratado de la desesperación. La enfermedad mortal*, trad. de Carlos Liacho, Buenos Aires: Leviatán, 2004, p. 78.

¹⁴ Søren Kierkegaard, *La confirmación en el hombre interior*, p. 102.

¹⁵ *Ibíd.*

categorías nos permiten ahondar en otras más como la reflexión infinita que más adelante trataremos. La vida del espíritu precisa de una transformación y para ello el distanciamiento de la sensualidad y el placer será necesario: ahora el individuo habrá de dirigirse hacia un estadio superior y colocarse en una relación personal con la Trascendencia, que implica necesariamente, renuncia, asilamiento y dolor.

El estadio básico del individuo estético es la sensualidad inmediata. Cuando se admite la pasión solo en el nivel sensual y separada de la voluntad real, inevitablemente se convierte en goce abstracto y egoísta. El individuo pierde dominio de sí mismo y se convierte en prisionero de la búsqueda del momento placentero, un momento que nunca se puede realizar a satisfacción plena¹⁶.

II.1. El esbozo del hombre relacional en la figura de Abraham. Análisis en torno a la categoría de reflexión infinita

Para ahondar en la categoría de la reflexión infinita y esclarecer su significado revisaremos la figura de Abraham que Søren Kierkegaard nos presenta en *Temor y temblor, lírica dialéctica* escrita bajo el seudónimo de Johannes de Silentio y que retoma del Génesis 22. El libro bíblico comienza con un mandato dirigido a Abraham que nadie más puede escuchar y mucho menos comprender. El imperativo no se asimila de manera directa porque contradice todos los lineamientos de la razón y los principios morales que toda comunidad impone con el devenir del tiempo; por otro lado, esa sentencia no es comunicada por otro hombre o una institución determinada: quien habla es Dios y no puede ser visto o conocido porque sus palabras únicamente se reconocen en la más insondable interioridad. “Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «Abrahán». Él respondió: «Aquí estoy». Dios dijo «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de la Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré»¹⁷.

Un aspecto que llama la atención a lo largo del relato es que la narración es más amplia que los pensamientos expresados por Abraham: todo se convierte en un asunto de la interioridad, en un obedecer la voluntad de lo Absoluto (aunque con ello se pierda lo que se ama en el mundo), o conservarlo en vida y cumplir con las obligaciones que todo buen padre

¹⁶ James Collins, *El pensamiento de Kierkegaard*, México: F.C.E., 1986, p. 93.

¹⁷ Gn, 22.

tiene dentro de su comunidad, no obstante, sólo detectamos el caminar del padre de la fe, su silencio y obediencia.

Si hay algún indicio que podríamos observar en su viaje es la confianza infinita en el mandato; de hecho, frente a la pregunta de su hijo al observar que en el lugar del holocausto no se encuentra animal alguno a disposición para llevar a cabo el sacrificio: el silencio reina, el lenguaje se detiene, da un paso para atrás, y la razón se estremece porque no puede justificar su accionar frente al hijo amado, sin embargo, cree y al hacerlo no existen inquietudes que atormenten su alma, es decir, todas aquellas preocupaciones mundanas que en diversas ocasiones le arrebatan el sueño a cualquier individuo son insignificantes para Abraham. Es un hombre que camina con su hijo y decide obedecer aquello que para el mundo es un vil asesinato. Incluso, llegando la hora no identificamos rastro alguno de arrepentimiento o cobardía. “Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: ¡Abrahán!, ¡Abrahán! Él contestó: Aquí estoy. El ángel le ordenó: No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único amor”¹⁸.

Acto seguido, Dios provee un cordero para el sacrificio que es realizado y tanto Abraham como Isaac emprenden el camino de regreso a casa. No volvemos a escuchar palabra alguna del padre de la fe, o sobre qué actitud tomó Isaac al ver cómo su padre tomaba el cuchillo para realizar el sacrificio; solamente es señalado hasta aquí que ambos, junto con los criados volvieron a Berseba, en donde se quedaron a vivir. Los relatos que siguen a la prueba de Abraham versarán sobre otros asuntos como son *La muerte de Sara y sepulcro*, y *La boda de Isaac con Rebeca*.

Se consideró importante relatar este pasaje bíblico en donde la figura abrahámica aparece porque con ella ahondaremos en el significado del hombre interior y el análisis de la reflexión infinita. En las primeras páginas de *Temor y temblor, lírica dialéctica*, por Johannes de Silentio, el seudónimo afirma que no es un filósofo en el sentido extenso de la palabra porque no pretende participar o encasillar sus tesis dentro de un sistema de pensamiento establecido. Los contenidos, elementos y reflexiones que llevará a cabo con relación a Abraham no pueden ser comprendidos a través de las categorías de la razón o por medio de estructuras conceptuales¹⁹. Los

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Es de suma importancia prestar atención a la postura que manifiesta el seudónimo en cuestión porque recordemos que Kierkegaard se opuso a la teología liberal en sus años de juventud que tenía la pretensión de elevarse a la categoría de ciencia. La teología liberal buscaba interpretar científicamente las Escrituras, lo que conducía a la negación

sistemas filosóficos realizan una clarificación de la realidad que les permiten explicarla cabalmente, pero los aspectos subjetivos como la elección, la fe, o la pasión de un individuo están al margen de éstos.

Para Silentio, el caso de Abraham es particular: a través del mandato podría vincularse con el elemento eterno que lo ha creado. La obediencia era el medio para religarse con el Absoluto que le hablaba, pero no bastaba enunciar la cuestión o admirarse por la misma; lo complejo en este caso radica en la elección: hacerlo o no hacerlo. Más allá de los sentimientos que despierta, hay que reconocer que descubrió lo más valioso y lo más grande que un hombre puede adquirir en la vida: la fe. Sin embargo, la interiorización de ésta no se da de manera directa o a través de un sistema de pensamiento como se ha mencionado con anterioridad, requiere de un ejercicio existencial que posee dentro de sí una conciencia de lo eterno y el reconocimiento de la resignación infinita. “Por consiguiente, Abraham despierta mi admiración, pero al mismo tiempo me atemoriza. Es aquel que reniega de sí mismo y se sacrifica por el deber (absoluto con Dios), abandonando lo finito para asirse a lo infinito: de todo esto se encuentra seguro”²⁰.

Abraham es aquel hombre que al recibir el mandato directamente de Dios prefirió guardar silencio y llevar en su corazón el enigma de lo solicitado sin dudar un solo instante sobre aquella terrible petición. Quizá existió un profundo sufrimiento al saber lo que Él le solicitaba, quizá algunas lágrimas se deslizaron por su rostro, pero calló en todo momento, y esperó lo imposible. A lo largo del relato bíblico no vemos un signo de duda, una palabra que escandalice su alma, una revelación que intente justificarse ante Eleazar o Sara, una disculpa a Isaac por el acto que iba a cometer; sólo camina sereno hacia la Moría y cuando llega el momento sabe que Dios dispondrá de todo para el sacrificio, es decir, deja que Dios gobierne.

Si debe renunciar a su hijo amado, no hay argumento alguno que lo justifique frente a los otros; Abraham no es quien se entrega al absurdo sin más, sino el hombre que decide vivir en el absurdo, quien lo elige incondicionalmente a cada instante, pero su decisión le pertenece única y exclusivamente a él, por ello, no hay algún atenuante en su accionar frente a quienes lo observan. Como bien observa el filósofo francés, Albert Camus,

de los milagros realizados por Jesucristo, y, en consecuencia, le arrebatada la Divinidad a su figura y vida. Esta teología, fue encabezada por Schleiermacher, Hegel y Strauss. Es muy interesante la explicación que realiza sobre esta cuestión Gonzalo Balderas Vega en la introducción de su libro *Kierkegaard y la experiencia paradójica de la fe en el Dios de Jesucristo*.

²⁰ Cornelio Fabro, *Søren Kierkegaard. Il problema della fede*, Opere Complete 28, Roma: Editrice del Verbo Incarnato, 2014, p.256. (La traducción es mía).

el salto que da el padre de la fe no es sencillo pues implica abandonar los campos de la racionalidad para ir hacia lo enigmático y lo irracional.

Así, mediante un subterfugio torturado, da a lo irracional el rostro de lo absurdo y a su Dios los atributos: injusto, inconsecuente e incomprensible. Sólo la inteligencia trata de ahogar en él la reivindicación profunda del corazón humano. Puesto que nada está probado, todo puede ser probado²¹.

En el actuar abrahámico vemos a un hombre que no se cuestiona en ningún momento sobre los motivos que Dios tuvo para solicitarle tan terrible sacrificio. Únicamente creyó en lo imposible, en lo absurdo, es decir, permaneció viviendo en la fe, y para que esto sucediera su pensamiento tuvo que paralizarse y reconocer los límites al colocarse en contacto directo con lo Trascendente. A partir de este momento encontramos la primera consideración de la categoría que se ha propuesto estudiar: la reflexión infinita. "...pero Abraham fue el más grande de todos, grande por la energía cuya fuerza es debilidad, grande por la sabiduría cuyo secreto es necedad, grande por la esperanza cuya forma es locura, y grande por el amor que es odio de sí mismo"²².

Si recordamos la génesis en la historia de Abraham, descubrimos que el sacrificio que realiza es más terrible aún, porque tiempo atrás lo que le solicita a Dios con toda la fuerza de su corazón era un hijo. De este modo es brutal lo que Él le ha solicitado, pero más inconcebible aún que decida entregar a Isaac en holocausto. Pudo ser un padre excepcional ya que, si había deseado tanto a su hijo y lo amaba como a nadie más en este mundo, dispondría de todos los medios para hacerlo feliz, pues el amante en toda empresa amorosa se entrega por completo al otro de manera desinteresada: el amor es un darse al otro, darse de manera incondicional, pero Abraham decide darle la muerte a Isaac.

Decía Derrida que un temblor es pequeño estremecimiento que si bien, no sabemos con exactitud donde se da, ocasiona cierta angustia, desesperación o incluso pánico, es decir, nos mueve de alguna manera. Esto que genera horror en la interioridad de los hombres es la incertidumbre, y en el caso de Abraham lo absurdo que parece la petición que Dios le ha hecho y al mismo tiempo decida obedecerlo. Es lo que el filósofo francés llamará como "*mysterium tremendum*". Ese temblor que padece el padre de la fe en la historia bíblica y se nos comparte al leerlo, es el que lo asemeja

²¹ Albert Camus, *El mito de Sísifo*, trad. de Luis Echávarri, Barcelona: Atalaya, 1994, p. 57

²² Kierkegaard, *Temor y temblor*, p. 593.

y lo relaciona con Dios, y no tiene explicación fisiológica alguna, a la par, tampoco puede ser compartido, porque su temblar es privado, íntimo y por lo tanto intransferible.

¿Qué es lo que hace temblar en el *mysterium tremendum*? Es el don del amor infinito, la disimetría entre la mirada divina que me mueve y yo mismo que no veo aquello que me mira, la muerte dada y separada de lo irremplazable, la desproporción entre el don infinito y mi infinitud, la responsabilidad como culpabilidad, el pecado, la salvación, el arrepentimiento y el sacrificio.²³

Lo que nos va develando el accionar de Abraham es un amor inconcebible hacia Isaac, un amor que pareciera odio, pero es la obediencia absoluta hacia un Dios que guarda en secreto sus razones. Al pedirle que sacrifique a su hijo amado, lo que le está diciendo es que dé en holocausto lo único que tiene, que entregue lo que tanto ama en el mundo y que lo dado no estará mediado por razones que expliquen el acto ejecutado. El padre de la fe es el obligado en este caso a darle la muerte a Isaac y a guardar el secreto porque no podrá ser comprendido por los demás. En este sentido, también vemos una clara oposición a la ética pues en ella todo es comunicado y ni el secreto, ni el silencio tienen cabida: si se piensa, por ejemplo, en una relación que se da en lo general como el matrimonio, podemos descubrir que los esposos se declaran, por medio de palabras y actos, su amor.

Por decirlo en otras palabras, Abraham transgrede el orden de la ética. Porque la ética, según Kierkegaard, no tiene expresión más elevada que la que nos vincula a nuestros prójimos y con los nuestros (éstos pueden ser la familia, mas también la comunidad concreta de los amigos o la nación). Al guardar el secreto, Abraham traiciona a la ética. Su silencio, en todo caso el hecho de que no se revele el secreto del sacrificio solicitado, no está ciertamente destinado a salvar a Isaac²⁴.

II.2. *La experiencia del amor transfigurado*

Silencio ya comienza a observar que el accionar de Abraham trasciende la comprensión inmediata del ser humano que se preocupa por su conservación y bienestar en el mundo. Si al seudónimo en cuestión se le encomendara la misma tarea, piensa que quizá obedecería y caminaría oportunamente hacia

²³ Jacques Derrida, *Dar la muerte, en Kierkegaard vivo, una reconsideración*, Madrid: Encuentro, 1976, p. 83.

²⁴ *Ibíd.*, p. 87.

la Moria tal y como lo hizo Abraham, y con resignación infinita entregaría lo que tanto amó. No obstante, su decisión está encasillada en lo temporal y mundano, lo haría por coraje, pero no por fe pues, aunque poseyera la conciencia de lo infinito, aún le falta el accionar: la resignación infinita es la última instancia antes de llegar a la fe, es decir, con ella se descubre la pasión infinita de la misma, el fundamento que sostiene la vida humana pero no tiene la forma aún de vincularse personalmente con ella.

El caballero de la fe es una especie de trapecista. Con la prueba que Dios le impone es capaz de sacrificar aquello que tanto ama en el mundo: su hijo Isaac. Al hacerlo obedece un mandato Trascendente, asume el gobierno de Dios que por su misma naturaleza no se comprende a través de un sistema de pensamiento: las conclusiones no derivan de premisas previamente establecidas. El padre de la fe se lanza al absurdo, entrega lo que ama por amor, se resigna a perder lo que tanto aprecia, pero después se dirige hacia lo divino conquistando grandes alturas que le permiten recuperar de manera transfigurada lo finito. La prueba y la fe permiten recuperar o retomar el mundo finito de forma superior, transfigurado; es decir, lo que se entregó por amor finitamente, se gana de nuevo en un sentido espiritual.

Acontece de este modo que, para cualquier hombre, perder a la amada o al hijo sería el peor de los males, porque su amor se sostiene únicamente entre él mismo y la otra persona, pero a través de la reflexión infinita y la fe, la existencia cobra nuevos bríos. Abraham realiza el sacrificio porque confía en Dios y en su confianza y espera, recupera lo que amaba mediado por un Tercero, lo Absoluto. Ahora su vínculo no puede ser separado por alguna intervención humana: el amor posibilita que lo amado permanezca porque se nutre de la Fuente Eterna.

El amor que convirtiéndose en deber se sometió a la transformación de la eternidad, experimenta de seguro una necesidad de “ser amado” y, por lo mismo esta necesidad y este “debes” formando un acorde eternamente armónico [...] quien respondiese: “yo te seguiré amando a pesar de todo”, demostraría que su amor estaba eternamente liberado en una feliz independencia. Y este tal no lo diría con soberbia, dependiendo de su soberbia, de ninguna manera, sino que lo diría humildemente, humillándose al “tú debes” de la eternidad y siendo así cabalmente independiente²⁵.

Con el movimiento de la resignación infinita se observa la pérdida del objeto que un individuo ama. Humanamente esta acción gesta un profundo dolor

²⁵ Søren Kierkegaard, *Las obras del amor. Meditaciones cristianas en forma de discursos*, trad. de Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid: Guadarrama, 1965, p. 97.

interior, el sufrimiento es ineludible, pero Abraham, ya no está preocupado por los menesteres humanos porque con su renuncia a lo finito ha logrado conquistar nuevas dimensiones, es decir, lo infinito. El amor se convierte así en la raíz de la liberación porque el amante ya no se detiene en pensar si será o no correspondido, si con el devenir del tiempo el amor por la otra persona se irá esfumando o si es necesario cambiar su forma de actuar con los demás porque estos ya no lo quieren como en un principio. Al descubrir su vínculo con Dios descubre que tiene un deber con el otro que está delante de sí más allá de todos los cambios o eventualidades que se susciten. El amor elimina el egoísmo porque purifica el corazón por medio del deber, desecha de sí toda la servidumbre tirana de la predilección con el fin de poner delante del hombre una sola tarea: amarás al prójimo como a ti mismo.

Cuando el amor se liga al mandato, está protegido contra la desesperación en tanto que reconoce el elemento eterno. La eternidad debe ser aquello que subsista a pesar de los cambios del tiempo, aquello que no sea afectado por una u otra pasión y no se modifique en algo más cuando todo el encandilamiento del enamoramiento haya pasado. El mandato es un imperativo que cuida al amor de toda transformación porque permanece, aunque la desgracia aflija al amante. El filósofo danés nos brinda diversos ejemplos para comprender lo que hasta ahora he señalado: mientras un amante puede entristecerse porque su amada lo ha dejado, el amante auténtico la sigue amando y señala que a pesar de que ella lo llegue a odiar, él permanecerá amándola; si a otro la muerte le ha arrebatado a un ser querido y la sabiduría mundana intenta consolarlo al decirle que paulatinamente se irá el dolor y dejará de extrañarlo, el amante auténtico sigue amando a pesar de la terrible pérdida.

¿Se te ha pasado la idea de que debes amar? ¡Sé sincero! O, para no meterte en aprietos de sinceridad, yo mismo te confesaré sinceramente que muchas, muchísimas veces en mi vida me he sentido tremendamente asombrado porque con frecuencia me pareció como que el amor lo perdía todo con eso del deber, cuando en realidad lo gana todo. ¡Sé sincero! Y concede tú también, cosa que probablemente le ha sucedido a la mayoría de los hombres, que cuando leíste las ardorosas descripciones de los poetas acerca del amor y de la amistad, te parecieron algo muchísimo más elevado que esa pobre expresión de “tú debes amar”²⁶.

El amor eterno purifica el corazón y libera al individuo del ego que lo habita al colocarle un deber delante de sí. La libertad no es sinónimo de libre

²⁶ *Ibíd.*, p. 80-81.

albedrío, no es un elegir o lo uno o lo otro según le convenga a un individuo en particular, sino un elegirse a sí mismo, reconociendo el elemento eterno que se encuentra presente en los corazones humanos y así, religarse a la fuente eterna. Dicho esto, podemos afirmar que, para Kierkegaard, Dios no es un obstáculo para el proceso de liberación, sino es aquella fuerza que emana del corazón humano y que lo llama desde la interioridad a ser libre.

La libertad, tal y como la percibe Kierkegaard, no es un mero ejercicio de elegir entre dos o más alternativas, a modo de libre albedrío; es un proceso de liberación del ego cuyo objeto final es la plenitud del ser humano y la plena expresión de aquella Fuente eterna de amor que lo nutre²⁷.

Únicamente cuando se reconoce el elemento de lo eterno por medio del deber en el amor, el individuo queda liberado de todas las preocupaciones temporales que lo afligen como puede ser la correspondencia amorosa. El amor se convierte en un deber universal, sin embargo, basta amar a un solo hombre para amar a todos los demás. El prójimo que nos señala el deber, no es una abstracción del pensamiento, sino el más próximo a ti, aquel primer hombre que tienes enfrente, sea tu amigo, tu esposa, tu novia o incluso tu enemigo. El deber ordena a amar sin condiciones ni restricciones.

El amor cristiano implica una forma de apertura. Amar al prójimo significa amar a cualquier hombre según (es decir, no a pesar de ello) su peculiaridad. Así, la indiferencia frente a lo externo no equivale a hacerse de la vista gorda. El amor cristiano se refiere a personas de carne y hueso, no a sus almas inmortales cuando las consideramos como algo oculto para el ojo²⁸.

Por otro lado, el amor religioso permanece en todo momento; a pesar de los dolores y desencantos humanos, el verdadero amante decide seguir amando porque no comprende su relación con los otros como un binomio (amante-amado) sino tripartitamente (yo-Dios-prójimo). El binomio puede romperse en cualquier momento cuando el amante o el amado decidan terminar la relación, sin embargo, en una relación tripartita, aunque el otro se retire y lo abandone por odio, desinterés o cualquier otra pasión, el amante permanece en el amor pues ha pactado con el fundamento eterno. Si el amor mundano repara en la ruptura y en consecuencia en el pasado, es decir, en encontrar las causas que condujeron a la separación, el amor religioso coloca el acento

²⁷ Francesc Torralba, “La esencia del amor en Kierkegaard. Interpretación de *Las obras del amor* (1847)” en *Pensamiento*, volumen 72, número 271, Madrid, 2013 p. 421.

²⁸ Alastair Hannay, “15. Las obras del amor” en *Kierkegaard. Una biografía*, trad. de Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2010, p. 443.

en el futuro, es decir, en la posibilidad, porque ahí se encuentra lo eterno, razón por la cual no abandona su amor ya que éste no es capaz de envejecer ni tampoco precipita las cosas para buscar por cualquier medio que el otro regrese a la relación tripartita. El amor no cambia, no envejece y en su espera trabaja continuamente en amar al prójimo.

Por eso, si el que no le comprendió a su debido tiempo, el que se mostró frío ante su comportamiento, o el que llegó a odiarle, se deciden volver a él algún día, lo encontrarán el mismo que era, sin haber cambiado nada, con la misma nostalgia de la eternidad que le devoraba y con la misma calma imperturbable a través del tiempo. Su amor es eterno, se relaciona esencialmente con la eternidad y en ella descansa. Ésta es la razón de que a cada momento espere lo mismo que eternamente espera; y a esto se debe el que no haya ninguna inquietud en su espera, ya que en la eternidad hay mucho tiempo²⁹.

III. Conclusiones. La reflexión infinita en el hombre interior y su experiencia en el amor

A lo largo de este trabajo se ha presentado una diferencia entre dos categorías fundamentales en el pensamiento kierkegaardiano: la inmediatez y la reflexión infinita con relación al hombre interior. En la inmediatez el individuo sabe juzgar sobre lo que se le presenta en la realidad y discierne sobre lo más conveniente a realizar; sabedor de que todo es fugaz, logra disfrutar y atesorar en su recuerdo los momentos que lo han colmado de dicha. La existencia irreflexiva o quizá reflexiva en torno a lo cuantitativo se esmera por gobernar y ordenar lo que le rodea según sus propias determinaciones. Hablamos así de una vida volcada hacia lo exterior, no obstante, una existencia plena exige una conciencia de lo eterno según se señala en *La confirmación en el hombre interior* que se despierta gracias a la reflexión infinita.

Para Kierkegaard, el hombre inmediato se sirve del mundo y saca el mayor provecho de éste; cuando triunfa y la vida marcha bien, reconoce que todo ha sido gracias al fruto de su trabajo, y cuando el mundo embiste contra él se lamenta de que la tierra sea miseria, que los hombres que lo rodean sean molestos y tibios, que la traición y la pérdida sean las constantes en cada uno de los vínculos humanos. Toda dicha o desdicha tiene su origen en el seno de la contingencia, por otro lado, el hombre interior guarda una

²⁹ Søren Kierkegaard, *Las obras del amor. Meditaciones cristianas en forma de discursos*, p. 174.

preocupación aún mayor. Él solicita una explicación, aquello que le dé testimonio de su propia vida y de su vínculo con el mundo y los otros. La reflexión ha despertado y reconoce que lo Absoluto lo sostiene a sí y al conjunto de elementos que lo rodean.

A través de la reflexión infinita el individuo no se relaciona directamente con el fundamento que lo sostiene, no obstante, sí le permite observar la forma o el cómo lo haría. Podríamos decir que es gracias a ella que se descubre el valor infinito del yo y también las condiciones existenciales que se precisan para establecer un vínculo auténtico y personal con Dios: la vida ya no deviene sin más, deja de ser una suma de instantes yuxtapuestos que no guardan una relación entre sí. Se descubre que hacerse un individuo demanda un profundo trabajo interior en el cual la resignación infinita juega un papel fundamental.

Si bien, con la reflexión infinita se descubre ese valor eterno del yo y la posible relación con lo Absoluto, así como las implicaciones que de ella se derivan, la incertidumbre es inmanente a esta categoría: la esperanza de recuperar aquello que se sacrificó por amor, entendido como deber en la inmanencia, estará presente. Entrar a estos terrenos superiores supone en el hombre interior un salto desgarrador en el cual la razón no logra consolar debido a la insuficiencia de la misma para encontrar cualquier tipo de justificación. La paradoja, y, en consecuencia, la posibilidad del escándalo se hacen patentes: el misterio de lo infinito perturba la intimidad más insondable del hombre y la tentación por regresar a terrenos más seguros y racionales están latentes.

Pero, por otra parte, en esa su misma resignación infinita se halla reconciliado con la vida. Su amor por la princesa se ha convertido para él en la expresión de un amor eterno y ha alcanzado un carácter religioso, transfigurándose en un amor cuyo objeto es el propio ser eterno. Este ser o esencia le ha negado, desde luego el cumplimiento de sus deseos aquí en esta vida, pero le ha recompensado otorgándole la conciencia eterna de la legitimidad de su amor bajo la forma de una eternidad que no le podrá ser arrebatada jamás por realidad alguna³⁰.

El movimiento de la resignación infinita es inmanente a la categoría estudiada, en tanto que se señaló que, con la ruptura amorosa, con la pérdida de la amada y la apuesta por lo infinito, la reflexión va descubriendo paulatinamente el sentido auténtico de la existencia terrena: ésta debe trabajarse con intensidad y allanar las sendas para la relación absoluta con

³⁰ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, p. 625.

Dios. El salto hacia esferas superiores de existencia implica renunciar como lo vimos en el caso de Abraham, pero también, trabajar continuamente en la propia salvación en soledad, incluso, siendo desmentido y atacado por los propios hombres. Los sacrificios, la renuncia y todo el trabajo que el hombre interior cosecha en esta vida, le serán recompensados a través del vínculo absoluto con lo Absoluto. Con la reflexión infinita constatamos que no basta sin más la conciencia de la eternidad como fundamento primero del mundo y de sí de forma abstracta; se precisa un trabajo existencial profundo en el cual la apropiación, el sacrificio y el dolor son immanentes para establecer un vínculo personal con Dios y con ello, renovar la vida.

A aquél la adversidad le sirvió como confirmación en el hombre interior; pues quien aprendió lo aprendido en aquello que sufrió, y aprendió lo bueno en aquello que sufrió, no sólo obtuvo la mejor enseñanza, sino lo que es mucho más –el mejor maestro; y quien aprende de Dios es confirmado en el hombre interior–. Aunque perdiera todo, aun así lo ganaría todo, y Abraham no poseía más que una tumba en Canaán, y aun así era el escogido de Dios³¹.

El hombre confirmado interiormente reconoce a Dios como fundamento de sí; la reflexión infinita le permitió descubrir su valor eterno, pero al mismo tiempo trabajar con temor y temblor en el vínculo existencial y personal con Él. Agradece y aprecia lo que tiene en vida, pero no se lamenta si el día de mañana tiene que dejarlo porque Dios se lo ha exigido: su ser y su amor se han transfigurado infinitamente.

Bibliografía

Obras de Kierkegaard

Kierkegaard, Søren, *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*, trad. de Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2009.

— *Discursos edificantes. Tres discursos edificantes para ocasiones supuestas*, trad. de Darío González, Madrid: Trotta, 2010.

— *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, trad. de Darío González y Begonya Sáez, Madrid, Trotta, 2006.

— *El concepto de la angustia*, trad. de Demetrio Gutiérrez Rivero, Libro de Bolsillo, segunda reimpresión, Madrid: Alianza, 2010.

³¹ Søren Kierkegaard, *La confirmación en el hombre interior*, p. 102-103.

— *Tratado de la desesperación. La enfermedad mortal*, trad. de Carlos Liacho, Buenos Aires: Leviatán, 2004.

— *Temor y temblor*, trad. de Jaime Grinsberg, Biblioteca Filosófica, Buenos Aires: Losada, 1958.

— *Las obras del amor. Meditaciones cristianas en forma de discursos*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid: Guadarrama, 1965, p. 97.

Obras complementarias

Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2016.

Balderas, Gonzalo, *Kierkegaard y la experiencia paradójica de la fe en el Dios de Jesucristo*, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2011.

Cañas, José Luis, *Søren Kierkegaard; entre la inmediatez y la relación*, Madrid: Trotta, 2006.

Collins, James, *El pensamiento de Kierkegaard*, México: F.C.E, 1983.

Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, trad. de Luis Echávarri, Barcelona: Atalaya, 1994.

Derrida, Jacques, “Dar la muerte” en *Kierkegaard vivo, una reconsideración*, Madrid: Encuentro, 2005.

Fabro, Cornelio, *Søren Kierkegaard: Il problema della fede*, Opere Complete 28, Roma: Editrice del Verbo Incarnato, 2014.

Torrallba, Francesc, “La esencia del amor en Kierkegaard. Interpretación de *Las obras del amor* (1847)” en *Pensamiento*, volumen 72, número 271, Madrid, 2013 p. 421.

Uranga, Emilio, “Invitación al romanticismo alemán” en *Fragmentos*, trad. de Emilio Uranga, México: Facultad de Filosofía y Letras, 2010.

Zabalo, Jacobo, “El espejismo de la inmediatez: lo estético en Søren Kierkegaard” en *Ironía y destino: la filosofía secreta de Søren Kierkegaard*, Herder: Barcelona, 2013.